TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

AÑO II

Nº 18

"FRÍO"

ORIGINAL DE EDUARDO ZAMACOIS



INTERIOR 0.25

Editores: Empresa "CULTURA y CIVISMO"—Corrientes 1307

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS MARTES

Precio del ejemplar :

Capital 0.20 — Interior 0.25

OBRAS PUBLICADAS

N.° 1—**Julio F. Escobar**—La cabra tira al monte.
» 2—**L. Rodríguez Acasuso**—Colorado y negro.
» 3—**Julio F. Escobar**—La fea de la casa.
» 4—**Folco Testena**—El hombre que pudo matar.
» 5—**V. Martínez Cuitiño**—Florencio Sánchez y su obra.
» 6—**A. Moock**—Mundial Pantomim.
» 7—**Julio F. Escobar**—¡Qué pichincha!
» 8—**Dr. Gonzalo Bosch**—La huelga.
» 9—**Julio F. Escobar**—El hombre que sonríe.
» 10—**L. Pita Martínez**—Muñecas de lujo.
» 11—**L. Rodríguez Acasuso**—El ñato Padilla.
» 12—**B. Roldán**—Cuando muere el día.
» 13—**J. G. Castillo y V. M. Cuitiño**—La santa madre.
» 14—**D. P. Calderón de la Barca**—La vida es sueño.
» 15—**V. Martínez Cuitiño**—Rayito de sol.
» 16—**H. Brieux**—Los averiados.

Editores :

EMPRESA "CULTURA y CIVISMO"

Corrientes 1307, Buenos Aires

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Año II	Martes 9 de Marzo de 1920	N.º 18

"FRÍO"

Comedia en dos actos, original de

EDUARDO ZAMACOIS

Estrenada en el "Teatro Romea" de Madrid la noche del 24 de Mayo de 1909



EDITORES

EMPRESA "CULTURA Y CIVISMO" Corrientes 1507

BUENOS AIRES

1920

REPARTO

Personajes	Actores
ARACELI (Representa 25 años en el primer acto y 45 en el segundo. Carácter impulsivo. Es amante de Daniel en el acto primero y de Paco en el segundo)	SRTA. VALDIVIA (*)
RAQUEL	SRA. EZQUERRA
CATALINA	MONTALT
LUISA	DORÉ
(Las tres de 20 a 25 años. Aparecen disfrazadas con trajes caprichosos: capuchones, mantones de Manila, etcétera.)	
LEOCADIA (40 años. Prendera)	CORONA
TERESA (Ama de llaves)	ESPEJO
DANIEL (Marqués del Parral. Hombre de mundo, excéptico, un poco cansado. Representa 45 años en el acto primero y 65 en el segundo)	SR. PALACIOS
PACO (25 años. Temperamento alegre y vehemente. Viste de frac)	MAXIMINO
MANOLO (25 años)	LÓPEZ BENETY
D. NICOLAS (40 Id.)	CASTILLA
ANGEL (30 Id.)	VALERO
(Los tres visten de frac o smóking).	
MARIANO (Criado joven)	PALACIOS (A.)

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

(*) Aunque estos actos se hallan separados por un intervalo de veinte años, el autor cree que la actriz no necesita ponerse peluca canosa en el acto segundo. «La edad», de consiguiente, más que con la blancura del cabello, deberá expresarla con la sencillez de su vestir y la fatiga del ademán.

"FRÍO"

Comedia en dos actos, original de
EDUARDO ZAMACOIS

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante. Chimenea encendida, a la derecha. Cerca de la chimenea una ventana. Al fondo y a la izquierda, puertas. Al levantarse el telón, Daniel y Manolo se disponen a tomar café delante de la chimenea. Daniel en traje de casa. Manolo viste frac o smoking. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DANIEL, MANOLO, después MARIANO

DANIEL.—(Sentándose). ¿Eh? ¿Tenía yo razón? ¿Qué tal si hubiéramos esperado a Araceli para cenar?

MANOLO.—En efecto, sí... ¡Un escándalo! ¡Son más de las diez!...

DANIEL.—Esa, ya no viene.

MANOLO.—¿Cómo que no vendrá?

DANIEL.—Vamos, entiéndeme: quiero decir que ya no viene a cenar. Seguramente la ha invitado Mariquita Rojas.

MANOLO.—¿La de Federico Paz?

DANIEL.—La misma.

MANOLO.—¡Preciosa chiquilla!

DANIEL.—Lindísima... ¡y baratita!

MANOLO.—Ignoraba ese detalle.

DANIEL.—Pues Federico no se gasta con ella al mes ni mil pesetas.

MARIANO.—(Que llega con el servicio del café y la botella del coñac.) ¿Les sirvo a los señores aquí?

DANIEL.—Sí, ¿no te parece?

MANOLO.—Sí, mejor es aquí, porque la noche está fría.

DANIEL.—¡Mala noche para las máscaras!

MANOLO.—¡Quiá, el frío es lo de menos! Porque cuando vamos al baile llevamos la ilusión, que es calor, de lo que vamos a beber; y cuando salimos del baile nos traemos el calor de lo que se ha bebido.

DANIEL.—¡Que nunca es poco!

MARIANO.—(a Manolo). ¿El señor querrá también coñac?

MANOLO.—¡Hombre, eso no se pregunta!

DANIEL.—¿Con quién vas al baile?

MANOLO.—Con Luisito Gil y su hermano. Tenemos una platea.

DANIEL.—¿Lleváis mujeres?

MANOLO.—No. Creo que en nuestro palco no habrá mujeres. A no ser que tú te decidas a llevar a Araceli...

DANIEL.—No.

MANOLO.—Anímate, hombre.

DANIEL.—De ninguna manera.

MANOLO.—Todo depende de que ella se empeñe. Ya sabes lo que dice el refrán... (Bebe).

DANIEL.—Lo sé: "Lo que una mujer guapa quiere, Dios lo quiere..."

MANOLO.—Exacto.

DANIEL.—Pero eso es antes del primer abrazo; que después... después no diré que valga menos, pero tampoco diré que valga mucho más que una botella vacía.

MARIANO.—¿Tienen los señores algo que mandarme?

DANIEL.—No, puedes retirarte. Oye, trae la botella, déjala aquí. (Mutis Mariano).

MANOLO.—Me encanta tu cachaza, tu filosofía... pero no la entiendo... ¡Sin duda porque soy demasiado joven!

DANIEL.—Por eso, precisamente. Yo, a tu edad, era como tú. y jamás hubiera creído que los años me domasen la voluntad hasta inclinarme a pensar como ahora pienso. He cambiado mucho... ¡mucho!... Lo que a otro cualquiera le indignaría, a mí me divierte. Me parece bien que un hombre se canse de una mujer y me parece bien que se suicide por ella... ¿Qué más dá?... A mi edad, hijo mío, la vida es como un encogimiento de hombros. (Pausa). ¿Quieres otra copita de coñac?

MANOLO.—Bueno.

DANIEL.—Hay que beber.

MANOLO.—Y que brindar.

DANIEL.—Brindemos, si tú quieres. (Beben).

MANOLO.—¡Eres raro!

DANIEL.—¿Por qué?... Te advierto que me halaga ser así.

MANOLO.—¿De modo que tú no sientes celos de Araceli?

DANIEL.—No; yo estoy cierto de que Araceli me quiere entrañablemente, y, por lo mismo, que no puede engañarme.

MANOLO.—¡Ja, ja! ¡Las mujeres!...

DANIEL.—Y si me burlase, me separaría de ella ¡y en paz!... Pero de eso a sufrir celos, hay mucha distancia. El que está celoso es porque se reconoce un poco ridículo; los celos, por tanto, no pasan de ser una mueca, más o menos romántica, del amor propio. ¡Matar al hombre que nos quita la mujer amada o matar a la esposa que nos deja por un caballero que halla más inteligente o más simpático que nosotros! ¡Qué salvajada y qué villanía!... Debemos aspirar a ser amados "porque sí", que no por interés, o por miedo. El amor, para merecer ese nombre, necesita ser una "espontaneidad" del espíritu; así, quítale esa espontaneidad, que constituye su perfume, su esencia divina, y no valdrá diez céntimos.

MANOLO.—Pues, yo soy celoso... ¡pero horriblemente celoso!

DANIEL.—Tanto peor para tí, porque te engañarán muchas veces. ¿Quieres otra copita?

MANOLO.—¡Venga otra copita!

DANIEL.—Yo, con los años, voy tornándome egoísta, y, a fuer de tal, procuro no salir de mí mismo, ni hacer nada que me contraríe. ¿Qué esta noche Araceli decide irse al baile? Bueno, que vaya. Yo, me quedo aquí, leyendo. Estoy cierto de que no hay mujer que distraiga lo que distrae un libro bueno.

MANOLO.—(Sirviéndole coñac.) Ahora soy yo quien invita.

DANIEL.—Se acepta. (Bebe). Mis dos últimas aficiones son la lectura y los perros ¡Qué hermosos, qué bravos, qué leales, son los perros!...

MANOLO.—(Riendo). ¡Eso decía mi padre! Cuando yo me escapé de mi casa con dos mil pesetas que le robé a mi hermana y una criada bastante bonita que teníamos, mi padre me escribió una carta terrible en la que decía, "que hay perros que valen más que un hijo".

DANIEL.—Pues no exageró tu padre... porque yo, andando por el mundo, me he convencido de que si hay perros que valen más que un hijo, también es cierto que hay muchos padres que merecen menos que un perro.

MANOLO.—De donde se deduce que la humanidad no vale lo que un Terranova. (Riendo). A mi edad, sin embargo, todavía se cree en el amor, en la amistad... ¡Mira! Brindemos por los hombres. (Escancia).

DANIEL.—Sea; bebamos, que, para beber, cualquier pretexto es bueno. Pero, hazme caso a mí: si crees en la eficacia de los brindis, ¡brinda por los perros!

ESCENA II

DICHOS Y MARIANO

MARIANO.—Señor marqués...

DANIEL.—¡Hola!

MARIANO.—Ahí está una mujer que trae unos mantones de Manila para la señorita.

DANIEL.—¿Unos mantones?

MARIANO.—Sí, señor.

DANIEL.—¡Qué ocurrencia! (a Manolo). Para el baile, ¿ves? Esa criatura está loca.

MARIANO.—¿Quiere usted que la haga pasar?

DANIEL.—¡No! Dila que la señorita no está.

MARIANO.—Se lo he dicho.

DANIEL.—Bueno; pues que los deje, o que se vaya... ¡Lo que quiera!

MARIANO.—Pero como tiene prisa... Dice que la esperan en otra parte...

DANIEL.—¡Pues que se largue! ¡Hola! ¡No faltaba más si no que le vengan a uno con exigencias! Si no puede aguardar, que se marche.

MARIANO.—Muy bien. (Hace ademán de irse).

DANIEL.—Ahí viene un coche.

MANOLO.—Será Araceli.

DANIEL.—Seguramente.

MARIANO.—(Mirando por la ventana). Sí, la señorita es. Hasta luego. (Mutis).

MANOLO.—(Bromeando). Hombre frío, hombre de hielo... ¿No te dice nada el corazón?

DANIEL.—Nada.

MANOLO.—Hipócrita.

DANIEL.—Si acaso, me dice que Araceli vendrá con ganas de broma y que vamos a tener un disgusto.

MANOLO.—¿Por lo del baile?

DANIEL.—Por lo del baile.

MANOLO.—Entonces me voy; las riñas de familia me aburren.

DANIEL.—¡No, hombre, espera, no me dejes solo!...

MANOLO.—Nada, huyo despavorido.

DANIEL.—¡Pero, muchacho!

MANOLO.—No quiero que me amarguéis la noche.

DANIEL.—Aguarda. ¡Canastos!... Ahora empiezo a comprender lo útil que puede ser un amigo en un matrimonio...

ESCENA III

ARACELI, DANIEL y MANOLO

ARACELI.—(Viste con gran elegancia. Trae en la mano una bolsa con confetti y confettis en el sombrero y en el traje. Al ver a Manolo le saluda afectuosamente, con esa efusión un poco teatral con que las coquetas suelen tratar a los hombres de quien se saben amadas aunque les sean indiferentes). ¿Pero estaba usted aquí, encanto? (Con zumba).

MANOLO.—Esperándola a usted.

ARACELI.—Y acompañando a Daniel... dígalo usted así, aunque no lo sienta...

MANOLO.—También, también.

ARACELI.—¿Quiere usted confettis? (Hace ademán de arrojárselos).

MANOLO.—No, por piedad.

ARACELI.—Sí, sí...

MANOLO.—¡Antes moro!... (Corre huyendo de ella).

ARACELI.—¿Y tú, Danielín?(Con gran mimo).

DANIEL.—Ya ves... (Refiriéndose a la botella del coñac.)

ARACELI.—¡Qué escándalo! ¿Os habéis bebido todo eso?

MANOLO.—Copa a copa.

ARACELI.—¡Ah, viciosos! (a Daniel). Trae, yo también quiero un trago.

DANIEL.—¿A qué tienes envidia de nosotros?

ARACELI.—No diré que no. (Bebe). ¡Brrr!... ¡Qué fuerte está!... Agua, agua, dadme agua... (Hablando con volubilidad nerviosa). Supongo que habréis cenado...

DANIEL.—Como no venías...

MANOLO.—Ha sido una gran falta de galantería; perdone usted, Araceli.

ARACELI.—Hicieron ustedes bien.

MANOLO.—¿También usted ha cenado?

ARACELI.—No, pero he comido muchas chucherías y no tengo apetito. Ahora vengo de casa de Teresita Serra; hemos estado cantando al piano y bebiendo champagne, y después ella y su amigo

me han acompañado en un coche hasta aquí. ¡Uf! ¡Qué calor hace! ¿Por qué no abren ustedes un poco la ventana?

DANIEL.—¿Pero estás loca, chiquilla?

MANOLO.—Usted quiere acabar con nosotros.

ARACELI.—¡Qué hombres tan cobardes! Pues yo no tengo frío; al contrario... ¿Eh?... ¡Qué atrocidad!... ¡Como traigo el sombrero!... ¡Pero he pasado la tarde muy bien! Todo Madrid ha bajado a Recoletos.

MANOLO.—¿Muchas máscaras?

ARACELI.—Muchísimas. Yo he pasado la tarde en el coche de Filomena Gil. Ya la conocéis... Ibamos ella, su hermana Lola y Lorenzo. Al pasar por la tribuna de la Prensa, vimos a Juanito Santos. En seguida empezó a gritar: "Viva la marquesita, viva la marquesita!..." Y aquello fué como si el cielo se hubiese convertido en confettis; ¡qué risa! yo creí que nos ahogábamos. Luego se subió al coche un diablo, que, después de decirle a Filomena horrores, se marchó sin quitarse la careta.

MANOLO.—¿Y fueron "horrores" los que dijo?

ARACELI.—Verdaderas atrocidades. Como que hubo un momento en que pensé que Lorenzo iba a romperle una botella en la cabeza.

DANIEL.—¿Pero llevaban ustedes vino en el coche?

ARACELI.—Media caja de botellas de champagne.

DANIEL.—(A Manolo y con enfado cómico). ¿Qué te parece?

MANOLO.—¿Pero tú crees que esas bromas se corren a palo seco? ¡Bien se conoce que vas para viejo!

ARACELI.—(A Daniel). ¿Viejo? ¡Bueno! ¿Y qué? Mejor. A mí me gustan los viejos... ¡Este sobre todos!

MANOLO.—¡Ya sé por qué!

ARACELI.—¿Sí?

MANOLO.—Porque usted es una mujer previsora que sabe aceptar la fealdad de ser amado, antes de que éste se vuelva irremediablemente feo...

ARACELI.—No te apures, Daniel, no te apures, que eso no va con nosotros.

DANIEL.—¿Apurarme yo?... ¿Para qué, cuando éste y todos, tarde o temprano, han de hallarse convertidos en unos adefesios? El tiempo, que es el gran amigo de los feos, me vengará... Tú has de verlo, tú, que eres joven. Todos estos buenos mozos que a los treinta años saldrían desnudos a la calle, a los cincuenta puede ser que no se atrevan a salir ni vestidos.

MANOLO.—Peró mientras se dobla o no se dobla el cabo cincuenta... ¡Vamos viviendo!

ARACELI.—Tiene usted razón.

MANOLO.—Y bebiendo. (Llena su copa). Hay que ponerle espuelas al buen humor.

ARACELI.—¿Va usted al baile?

MANOLO.—¿No se me conoce?

ARACELI.—Yo también voy. Es decir, vamos. (por Daniel). Nunca he tenido tantas ganas de divertirme como esta noche.

MANOLO.—¡Y yo!

DANIEL.—Eso necesita la niña, que la alboroten la cabeza.

ARACELI.—Estoy... que me río de todo. como si la alegría me hiciese cosquillas.

MANOLO.—El baile va a estar soberbio.

ARACELI.—Desde ayer no quedan billetes.

MANOLO.—Ni uno. ¡Los cojos van a bailar esta noche! Creo que los carteles anuncian un concurso de mantones de Manila...

ARACELI.—¡Ah!... ¡Pero qué cabeza la mía! Ya no me acordaba de que en el recibimiento están esperándome.

MANOLO.—¡Es verdad! Con unos mantones...

ARACELI.—Justamente. Vamos a verlos. (**Asomándose a la puerta del foro.**) ¡Leocadia! Pase usted.

DANIEL.—(**A Manolo**). La tormenta se acerca; la siento llegar.

ESCENA IV

DICHOS y LEOCADIA, que trae dos disfraces y un mantón de Manila

ARACELI.—(**Afectuosa**). ¿No se llama usted Leocadia?

LEOCADIA.—Leocadia Alvarez, para servir a ustedes.

DANIEL.—Buenas noches.

MANOLO.—Buenas noches.

LEOCADIA.—Salud para todos, señores.

ARACELI.—¿Qué me trae usted?

LEOCADIA.—Lo mejorcito de la tienda viene aquí.

ARACELI.—¡Muy bien!

LEOCADIA.—La señorita tendrá donde escojer.

ARACELI.—Veamos, veamos... ¿Me trae usted el mantón?

LEOCADIA.—Sí, señorita.

ARACELI.—¿El que yo ví esta tarde?

LEOCADIA.—Sí, señorita.

ARACELI.—Como me dijo usted que lo tenía comprometido... ¡Porque si no es el mismo no lo quiero!

LEOCADIA.—¡Que sí, señorita, caramba, y "ustées dispensen; que es el mismo!... ¿Pero iba yo a engañarla a usted? Ya veo que usted no me conoce, porque otra cosa no tendrá la Leocadia... pero formalidad... Lo que yo diga, diga usted que va a misa.

ARACELI.—Bueno, mujer...

LEOCADIA.—Vamos despacio y por partes. (**a Daniel y a Manolo**). "Ustées" disimulen si, sin querer, les vuelvo la espalda.

DANIEL.—¡Dispensada, desde luego!

MANOLO.—¡Dispensada, desde luego!

LEOCADIA.—Gracias. (**a Araceli**). Aquí tiene usted un capuchón precioso.

ARACELI.—¡Yo no quiero capuchones!

LEOCADIA.—Es para que usted se haga cargo. Señoras conosco que, como la señorita, no quieren capuchones, y en cambio otras, ¡pero que no se pondrían más disfraz que ése! Como dijo el otro, de gustos no hay nada escrito, y así hay quien se casa a los veinte años, ¿sabe usted?... y quien a los ochenta "entoavía" está soltero. Y es por eso...

ARACELI.—Como hay quien enviuda y después de alegrarse mucho, pero mucho, de haber enviudado... se vuelve a casar.

LEOCADIA.—¡Y que lo diga usted! Pues aquí tiene usted este traje, que es una monada!

ARACELI.—Sí... no es feo.

LEOCADIA.—¡Cómo feo, señorita! Usted no ha "reparáo" bien. ¡Si es el mejor traje de coupletista que se ha visto en Madrid!

¿Usted no ha oído hablar de Juana la Perdía, la que bailaba en el Salón Azul, el año "pasáo"?... ¡Pues ella lo estrenó! Y este traje ha "salío" en los periódicos. Por el alquiler la pondría cien pesetas, lo mismo que por el mantón.

ARACELI.—No, no lo quiero. Es bonito, pero no... no...

LEOCADIA.—A la señorita se le ha "metío" en la cabeza lo del mantón y ha de salirse con su gusto. Bueno, aquí lo tiene usted... Yo, si he de ser franca, siento que no se quede usted con el traje, porque los mantones... aquí los señores lo saben... padecen mucho en los bailes; porque si un estrujón.. porque si una copa de champagne... ¡Eso no hay quien lo evite. (**Desdobla el mantón**).

ARACELI.—¡Qué bonito!

LEOCADIA.—Hágase usted cuenta de que lo estrena. Ni una manchita lleva.

ARACELI.—(**A Daniel y a Manolo**). ¿Les gusta a ustedes?

MANOLO.—Muchísimo.

ARACELI.—Ya lo sabía yo.

MANOLO.—Usted siempre está guapa, pero dentro de ese jardín hecho de seda y de sol, va usted a estar guapísima.

LEOCADIA.—Ya, ya se ve que aquí el caballero tiene el gusto fino.

ARACELI.—Y todo esto, amigo Manolo, lo hago por Daniel, para que se luzca... ¿Verdad? (**a Daniel**).

DANIEL.—Lo que no comprendo es que alquiles un mantón, teniendo ahí tres o cuatro de primer orden: tienes uno azul, otro rojo, otro blanco y verde... ¡qué sé yo!...

ARACELI.—Pero si lo hago por tí, bobón... si lo hago por tí, para parecerte "otra". (**Mimosa y risueña**).

DANIEL.—¿Por mí?... Yo no he de ir al baile.

ARACELI.—¡Vaya si vienes!

DANIEL.—¡Quiá!

MANOLO.—Sí va, sí.

ARACELI.—En cuanto me veas.

DANIEL.—Lo que es eso...

LEOCADIA.—La señorita tiene mucha razón. ¡Já, já,já!... Ya lo creo; en cuanto usted la vea con el mantoncito bien "apretao" alrededor de la cintura, se vuelve usted loco.

DANIEL.—¡Está usted fresca!

ARACELI.—(**Un poco irritada**). ¿Pero hablas en serio?

DANIEL.—Y tan en serio.

ARACELI.—¿No vas a venir?... ¿No vas a venir rogándotelo yo?

DANIEL.—No, hijita, no. Yo esta noche no voy al baile; vé tú si quieres.

MANOLO.—Pero, oye Daniel...

ARACELI.—No, Manolo, hágame usted el favor de no decirle nada, ni una palabra; quiero que el desaire me lo haga a mí.

DANIEL.—(**A Manolo**). ¿No te lo dije?

ARACELI.—Nunca hubiera creído que me pusieses en ridículo así, nunca; y menos delante de extraños.

LEOCADIA.—El señor me perdonará; el señor dirá que esto es meterme donde no me llaman... pero, ¡mire usted que la pobre señorita va a llevarse un disgusto muy grande!

DANIEL.—En efecto, usted lo ha dicho: eso es meterse donde nadie la llama.

MANOLO.—(**A Araceli**). Tenga usted paciencia.

LEOCADIA.—¡Válgame Dios! Le ponen a una la cara "colorá" y... Pues crea usted que si he dicho algo no es por el interés de cobrar las cien pesetas cochinas que vale el alquiler del mantón...

DANIEL.—(**Severamente**). ¡Chist!... ¡A callar! Aquí no tolero palabras mal sonantes.

LEOCADIA.—Bien, caballero, ¡pero qué humos!

MANOLO.—Basta, basta...

LEOCADIA.—Ya estoy "callá" del todo... ¡Bueno!... ¡Pero qué humos!... ¡Ni una chimenea!

ARACELI.—(**Arrebatadamente**). ¡Vaya, se acabó la cuestión! Llévese usted sus trajes.

LEOCADIA.—Pero, señorita...

ARACELI.—Que se lleve usted sus trajes he dicho.

LEOCADIA.—Pero, señorita... ¿qué repente la ha "dao"?

ARACELI.—¡Se acabó, se acabó!... No quiero hablar más. Llévese usted el mantón, porque no respondo de hacerlo pedazos.

LEOCADIA.—(**a Manolo**). Pero, diga usted, caballero... y usted dispense, que no sé su gracia. ¿No es una lástima, diga usted, que aquí la señorita Araceli, se lleve un disgusto por una tontería?

MANOLO.—Eso creo yo.

DANIEL.—Y yo, el primero. ¿Pero, por qué vais a hacerme responsable de este incidente?

ARACELI.—La responsable seré yo...

DANIEL.—Ni tú, ni yo, ni Manuel, ni nadie. ¿Tú quieres ir al baile? Pues vete enhorabuena, ¿Quién te lo impide?... ¡Vé y diviértete mucho... y vuelve a la hora que te plazca! Creo que no puedo ser más liberal... Pero de que yo te deje ir, a que tú me "obligues" a acompañarte, ¡hay mucha diferencia!... ¿No te parece?

MANOLO.—Sí, y no se enfade usted, Araceli; yo creo, imparcialmente, que Daniel tiene razón.

DANIEL.—¡Y tanta! Cada cual distrae su fastidio como puede; yo lo distraigo leyendo, tú bailando... ¡Muy bien! Aquí no se ventila ninguna cuestión de amor propio, ni se trata de que nadie imponga a nadie su voluntad... Sí de que todos pasemos la noche lo más agradablemente posible. (**Pausa**).

LEOCADIA.—En llegando a ese punto, yo no digo ni pío; los señores verán. Señorita, hable usted...

MANOLO.—Vaya usted, si quiere...

DANIEL.—Vé, tonta, vé... ¿Pero por qué dudas?

ARACELI.—(**Irritadísima**). ¡Venga el mantón! ¡Ea, se acabaron las contemplaciones! ¡Venga!... He prometido ir y no quiero quedar en ridículo. ¿Usted necesitará su dinero, verdad?... Sí, tome usted.

LEOCADIA.—No hay prisa.

ARACELI.—Sí, tome, mejor es... a cada cual lo suyo... (**Registrando su portamonedas**). ¡Qué demonio! No tengo bastante...

LEOCADIA.—¡Pero déjelo usted, señorita!

ARACELI.—¡Que no! Tome usted, mañana la daré el resto.

LEOCADIA.—¡Nada, no quiero nada!

ARACELI.—Sí, sí.

LEOCADIA.—¡Que de ninguna manera!

DANIEL.—Yo daré lo que falte.

LEOCADIA.—¡Vaya, que no! ¡Ni que se fueran "ustées" a morir! Hasta mañana, hasta mañana, si Dios quiere. (**Recoge los otros disfraces precipitadamente**).

ARACELI.—Venga usted por la tarde.

LEOCADIA.—Repito que no hay prisa. Ea... ¡y que pasen "ustées toos" muy buena noche!

MANOLO.—Adios, mujer.

ESCENA V

ARACELI, DANIEL, MANOLO

ARACELI.—¿Ya estarás contento, verdad? Me has puesto en ridículo... ¡Ya estarás contento!

DANIEL.—Araceli, te ruego que no riñamos; es de mal gusto.

ARACELI.—Egoista...

DANIEL.—No, hija querida, no soy egoista.

ARACELI.—Sí, lo eres; Manolo puede decirlo; no hay hombre que se quiera tanto a sí mismo como tú.

MANOLO.—Yo, si ustedes me lo permiten, voy a marcharme.

ARACELI.—No... yo le ruego que se quede aquí.

MANOLO.—Si usted lo quiere... (**Durante este diálogo, Manolo leerá periódicos, hojeará libros, etc.**)

ARACELI.—Sí, quédese usted... Con usted, amigo íntimo de Daniel, no hay para qué tener secretos. (**Pausa**). No crea usted que mi enfado y mi dolor provienen de lo que acaba de suceder. ¡No!... Ir al baile o no ir... ¿a mí qué me importa?... Pero este hecho, insignificante en sí, es como la gotita que hace derramar el vaso. Sufrimos una pena grande, y otra pena mayor y otra y otra... y sonreímos. Hasta que llega una contrariedad pequeñísima, una contrariedad cualquiera... ¿qué diría yo?... ¡Unos zapatos que acabamos de comprar y que nos lastiman un poco! Y, de súbito, acordándonos de que nada nos sale bien, la garganta se nos llena de sollozos y rompemos a llorar a gritos. Y así es todo: eche usted sobre un edificio una piedra más de las que puede soportar, y el edificio se hunde; déle usted al corazón una gota de sangre más de la que pueda contener, y el corazón se rompe.

DANIEL.—¿Tantos disgustos te dí, que ya no puedes resistir ni uno más?

ARACELI.—Tantos, tantos me diste, Daniel... que mi alma, toda mi pobre alma, es una llaga.

DANIEL.—No recuerdo ninguno.

ARACELI.—¡Si lo sé! Pues ese, ese es, cabalmente, mi mayor dolor: que me lastimas sin advertirlo, por distracción... como solo pueden hacerlo los que no quieren.

DANIEL.—¡Ahora salimos con que no te quiero!

ARACELI.—No, Daniel, no; aquello se fué...

DANIEL.—Eres injusta conmigo.

ARACELI.—¡Injusta!

DANIEL.—Me acusas sin razón. Yo te quiero con amor firmísimo, lleno de lealtad. Pero recuerda, Araceli, que si yo tengo veinte años más que tú, el cariño que me lleva a tí y el cariño que te acerca a mí, no pueden ser iguales.

ARACELI.—¡Estás cansado de amar!

DANIEL.—De amar no estoy cansado, pues que tu amor basta a hacerme dichoso; de lo que sí estoy fatigado es de las impaciencias de la pasión, de las grandes "chiquilladas" de la pasión, de todo cuanto hay en ella de intemperante y ostentoso.

ARACELI.—Eso tiene un nombre: se llama desilusión.

DANIEL.—Desilusión, sí; pero desilusión de lo pequeño, de lo accidental, de lo que en modo alguno daña a la esencia del amor. Tú tienes ahora veinticinco años; yo, ¡ay!, también los tuve, los cumplí hace tiempo... y entonces, que mi sangre ardía, la posesión de una mujer no me bastaba: necesitaba que mis amigos la conociesen, la llevaba a los bailes, la obligaba a beber, la arrastraba de orgía en orgía como a una presa, no concebía el amor sin exhibición, sin escándalo... Pero, mira... la vida fué pasando... y cuando los cabellos empezaron a blanquear, el alma tuvo frío.

ARACELI.—Y ahora tienes frío.

DANIEL.—Sí, mucho...

ARACELI.—De muy distinto modo me hablabas cuando nos conocimos.

DANIEL.—¡Y es natural! Diez años pasaron desde entonces, diez años en los cuales sobre mi corazón ha nevado mucho. La vida está dispuesta de modo que la primavera de un alma coincida generalmente con el otoño de otra alma. ¡Siempre fué así!... En las comedias del teatro humano el Tiempo representó siempre el papel de protagonista.

ARACELI.—¡Y para esto me arrancaste de mi casa! ¡Para engañarme así! (Llorosa).

DANIEL.—¿Engañarte yo, Araceli?

ARACELI.—Sí. Entonces mis padres acababan de casarme con un hombre viejo, feo, entregado en cuerpo y alma a sus negocios, a cuyo lado mis quince años, llenos de impaciencias, se ahogaban. Y tú me dijiste: "Ven, sígueme, huyamos... yo soy la alegría".

DANIEL.—¡Y lo era! (Con amargura).

ARACELI.—"Yo soy la locura... déjalo todo, renuncia a todo; viajaremos, conoceremos todos los placeres, nos asomaremos a todos los paisajes; mis labios que tienen sed de amor, colgarán una túnica de besos sobre tus hombros; yo he aprendido una risa y una canción que nadie sabe..." ¡Eso me decías, Daniel, acuérdate, eso me decías!... ¡Y me volví loca!... Y ahora resulta que mentías...

DANIEL.—¡No mentía!

ARACELI.—O, cuando menos, te engañabas. Tú también eres frío, tú también eres indiferente y egoista y cansino, ¡como el otro! (Con brusca explosión de cólera). ¡Pues, no, y no, y no!... ¡Aquello, nunca!... Yo te juro que aquel muerto vivir de mi primera juventud, no volverá a repetirse. ¡Te lo juro!... Para eso, para ser dichosa, fué para lo que me puse fuera de la ley. La vida se va... la siento ir... ¡se va!... Es como una vena rota... y no quiero perderla sin haberla vivido...

DANIEL.—Habla más bajo, Araceli.

ARACELI.—Estoy en mi casa.

DANIEL.—Pero no es necesario que los criados se enteren de lo que hablamos aquí.

ARACELI.—No me importa.

DANIEL.—Yo creía que debía importarte.

ARACELI.—Y yo creo que estoy en mi casa, repito, y que tengo derecho a hacer en ella mi gusto...

DANIEL.—Indudablemente.

ARACELI.—A no ser que me eches de aquí.

DANIEL.—Jamás; quien probablemente se irá de aquí, seré yo.

MANOLO.—Araceli, Daniel... ¿qué va a ser esto?

ARACELI.—Usted lo ha oído todo.

MANOLO.—¿Pero, se han vuelto ustedes locos?

DANIEL.—¡Al contrario! Todos estamos muy cuerdos, porque cada cual defiende lo suyo, lo que más quiere. Por eso, para no molestarnos mútuamente, repito que me iré.

ARACELI.—Nadie te ha despedido.

DANIEL.—Indirectamente, sí.

ARACELI.—Eso, no; yo no te despedí. (**Orgullosa**). Ahora, claro es, tú eres libres y como tal, dueño de hacer lo que más te agrade.

DANIEL.—Por eso me iré; ya no te convengo porque no te divierto, y debo marcharme. Mi delicadeza lo entiende así.

ARACELI.—¡Si estaba viendo llegar este rompimiento! ¡Si lo anunciaba el corazón!... (**Llora**).

MANOLO.—(**Colérico**). Haces muy mal en decir lo que dices.

DANIEL.—¿Qué he dicho?

MANOLO.—Araceli no merece que la trates de ese modo.

DANIEL.—Mira, chiquito... (**Nervioso**).

MANOLO.—¡Nada, lo sostengo! ¡No lo merece!

ARACELI.—Déjele usted, Manolo, ¡es inútil!

MANOLO.—Tú no puedes tratar así a Araceli; tú tienes la obligación de hacerla dichosa.

DANIEL.—¿La obligación?

MANOLO.—La obligación, sí. Tú, que la arrancaste de su hogar del hogar donde vivía mal o bien, pero decorosamente, la debes toda clase de respetos...

DANIEL.—Creo que te ha hecho daño el coñac que hemos bebido.

MANOLO.—¡Daniel!

DANIEL.—Me parece que sí.

MANOLO.—Piensa lo que gustes. Pero, repito, que a Araceli no la consideras lo que merece... y que delante de mí...

DANIEL.—Acaba...

ARACELI.—Manolo... no... no se disguste usted...

MANOLO.—Que delante de mí no permito que la insultes.

DANIEL.—(**Fríamente**). Está bien.

ARACELI.—Bueno, basta... (**Conciliadora**). La cuestión terminó ya.

MANOLO.—Hay sinrazones que hacen hervir la sangre...

ARACELI.—Yo le suplico a usted...

MANOLO.—No tiene usted nada que suplicarme.

ARACELI.—(**Cogiendo el mantón**). Yo vuelvo en seguida. Voy a vestirme.

MANOLO.—¿Va usted al baile por fin?

ARACELI.—Sí. Creo que es lo mejor.

ESCENA VI

DANIEL y MANOLO

DANIEL.—¿Qué ha sido eso?

MANOLO.—¿El qué? ¿Lo que he dicho?

DANIEL.—Sí.

MANOLO.—No sé... los nervios, los nervios, que no siempre vibran del mismo modo... Perdona... O será el coñac, como tú dices. (Nervioso).

DANIEL.—No, no es eso.

MANOLO.—¿No?

DANIEL.—No; no es cuestión de nervios, ni cuestión de bebida...

MANOLO.—¡De lo que sea!

DANIEL.—No es fácil que yo me equivoque. (Pausa). La causa de tu apasionamiento la sospecho... la conozco. (Pausa). Tú estás enamorado de Araceli. (Pausa larga). ¿No es cierto?

MANOLO.—No es.

DANIEL.—Sí es.

MANOLO.—Te aseguro que no.

DANIEL.—Ahora es cuando empiezas a parecerme desairado. Me gustó tu arrebato de hace un momento porque había en él sinceridad juvenil. La juventud sólo sabe pelear así, cara a cara... Pero has reflexionado, y la reflexión envejece a los hombres.

MANOLO.—¿Y aunque estuviese enamorado de Araceli, qué importa... si ella no lo sabe?

DANIEL.—Luego la quieres... Sé franco; la franqueza es siempre, siempre una valentía. Luego la quieres...

MANOLO.—No sé si la quiero.

DANIEL.—Pero te gusta.

MANOLO.—Mucho.

DANIEL.—Si eso me lo dijeses teniendo yo los años que tú tienes, esta conversación acabaría a cuchilladas. Pero, no... ya no... Pasó la edad de los celos homicidas, la edad terrible... Si Araceli se va, si Araceli quiere a su placer, es decir... si se quiere a sí misma más que a mí, ¿para qué retenerla?

MANOLO.—(Irónico). Haces bien.

DANIEL.—Y tú eres quien me la quita. (Colérico).

MANOLO.—¿Yo?

DANIEL.—Sí, sí... ¡Oh!

MANOLO.—¡Ojalá! Ya ves si soy sincero; ¡ojalá! Pero no es así; en todo caso será ella quien te deja.

DANIEL.—Es que ella no hubiese hablado así, si tú no hubieras estado presente.

MANOLO.—Piensa lo que gustes.

DANIEL.—Manuel... ¡Eres un miserable!

MANOLO.—¿Qué dices?

DANIEL.—Que eres un miserable.

MANOLO.—Es que si te crees con derecho a insultarme...

DANIEL.—Lo tengo.

MANOLO.—Yo me reservo el derecho de partirte la cara.

DANIEL.—Y yo... ¡Mira, Manuel!... ¡No me saques fuera de mí!... (Avanzando amenazador).

ESCENA VII
DICHOS y ARACELI

ARACELI.—(**Que aparece disfrazada con el mantón de Manila y con un antifaz en la mano**). Ya estoy lista. ¿Qué tal?

DANIEL.—(**Dominándose**). Muy bien.

MANOLO.—Está usted guapísima.

ARACELI.—(**A Daniel y sonriendo**). ¿El mantón, verdad?

DANIEL.—Todo influye.

MANOLO.—Pero, tenía usted razón; el mantón, efectivamente, es magnífico.

ARACELI.—Precioso. ¿Qué hora será?

MANOLO.—Poco más de las once.

ARACELI.—Entonces llego a tiempo. Desde aquí voy a casa de Filomena, que está aguardándome, y desde allí al Real.

MANOLO.—Allí nos veremos. Si me concede usted el vals...

ARACELI.—Con mucho gusto. (**A Daniel, que habrá vuelto a sentarse junto a la chimenea**). ¿Vienes?

DANIEL.—**Con dulzura y melancolía**). No, hija mía.

ARACELI.—Decídete y te espero. Anda, ¿quieres?

DANIEL.—No, no... ¿Para qué?

ARACELI.—En un momento te vistes.

DANIEL.—Los bailes ya no me divierten. Perdona...

ARACELI.—Como gustes...

DANIEL.—Sí, déjame; prefiero leer. (**Dentro suena una estudiantina que pasa tocando un alegre pasodoble. La música se acerca y luego se aleja gradualmente**).

ARACELI.—(**Con alegría infantil**). ¡Una estudiantina, una estudiantina! (**Ella y Manolo corren hacia la ventana y miran**).

MANOLO.—¡La juventud pasa!

ARACELI.—¡Y pasa llamándonos, invitándonos a seguirla!... ¡Qué hermosa la juventud, que lleva consigo la alegría!... (**Pausa. Los tres escuchan**).

MANOLO.—(**A Araceli**). ¡La alegría! ¿Verdad que arrastra?

ARACELI.—Sí. ¡Qué hermosa es! Mire usted, estoy llorando... La alegría es eso: es llorar y es reir, sin saber por qué... ¡Vámonos, vámonos!...

MANOLO.—Ya, apenas se oye...

ARACELI.—Vámonos. (**a Manolo**). ¿Quiere usted acompañarme hasta que encuentre un coche?

MANOLO.—Estoy a sus órdenes.

ARACELI.—(**A Daniel**). Entonces, hasta luego.

DANIEL.—O hasta nunca... (**Tranquilo**).

ARACELI.—¿Hasta nunca?

DANIEL.—Sí; porque aunque yo esté aquí cuando tú vuelvas, las almas sólo se despiden una vez, y yo he sentido que en este momento, nuestras almas, Araceli, acaban de decirse "adiós". (**Pausa**).

ARACELI.—¿Me da usted su brazo?

MANOLO.—(**Desde la puerta a Daniel**). Buenas noches. (**Araceli mira a Daniel con intención cruel y hace mutis riendo a carcajadas**).

ESCENA VIII
DANIEL, luego MARIANO

DANIEL.—(Sentado ante la chimenea). ¡Se fué!... Cuando a mí me querían, yo no quise a nadie; ahora que quiero... ya es tarde para hacerme querer. (Se cubre el rostro con las manos y llora).

MARIANO.—(Por la izquierda). Señor... (Al verle llorando queda suspenso).

TERMINA EL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Otro gabinete elegante. Al foro y a la derecha, puertas. La chimenea y la ventana, con objeto de dar variedad a la escena, aparecen a la izquierda. Es de noche. Al levantarse el telón, Teresa acaba de arreglar la chimenea y se dirige hacia el foro para recibir a Daniel, que está medio ciego y camina con pasos inseguros. Daniel se sienta junto a la chimenea, y sentado permanece durante todo el acto.

ESCENA PRIMERA
TERESA y DANIEL

TERESA.—Ya sabía yo, don Daniel, que era usted quien llegaba.

DANIEL.—¿Por la voz me conociste, Teresita? (Risueño).

TERESA.—Sí, señor marqués, fué por la voz y por el modo de andar. Venga usted por aquí... (Le lleva hacia la chimenea).

DANIEL.—¡Ah, sí!... Ya... ¿Por que arrastro los pies?

TERESA.—Los arrastra usted un poquito, muy poco...

DANIEL.—¿Tú no sabes por qué, Teresa?

TERESA.—No, señor marqués.

DANIEL.—Porque la tierra nos quiere mucho a los viejos y se agarra a nuestros pobres pies cansados... y tira de nosotros... ¡Necesario será irse pronto con ella!

TERESA.—¡Quien piensa en morir! Ea, siéntese usted... Esta noche no dirá usted que la chimenea está fría.

DANIEL.—No, por cierto, que su calor parece quemarme las mejillas. ¡Brrr!... ¡Qué frío hace!... De poco aprovechan los guantes con este tiempo. ¡Heladitas traigo las manos! (Pausa). ¿Y la señorita?

TERESA.—En su cuarto.

DANIEL.—¿Pero, está bien?

TERESA.—Sí, señor.

DANIEL.—Eso es lo principal. ¡Vaya!... ¿Y el señorito Paco?

TERESA.—En las habitaciones de la señorita. (Confidencial). Creo que están riñendo.

DANIEL.—¿Sí? ¡Lo siento mucho!

TERESA.—No vaya usted a decir nada, don Daniel... que ustedes, los cortos de vista, lo dicen todo... sin duda porque no ven el efecto que causa lo que dicen...

DANIEL.—No, mujer. ¿Y por qué riñen?

TERESA.—Porque el señorito Paco quiere llevar a la señorita al baile y ella no quiere ir.

DANIEL.—Hace bien, la señorita. Los bailes son estúpidos; en ellos se pierde el tiempo, el dinero, la salud... ¡todo lo que más vale! ¿Y qué se saca de los bailes?... Nada... o casi nada. ¿Verdad, Teresa?

TERESA.—Verdad, don Daniel.

DANIEL.—Tú, que también habrás perdido en los bailes de máscaras muchas noches, ¿no piensas como yo?

TERESA.—Lo mismo, señor marqués.

DANIEL.—¡Naturalmente!... Lo que parece imposible es que hayamos necesitado llegar a viejos para saberlo.

TERESA.—¿Quiere usted que llame a la señorita?

DANIEL.—No, déjala. Supongo que la cena no se habrá retrasado por mí...

TERESA.—No, señor. Ya sabe usted que aquí nunca hay hora fija para cenar. Además, hoy tenemos invitados.

DANIEL.—¿Y han venido?

TERESA.—¿No les oye usted? En el comedor están.

DANIEL.—¿Quienes son? ¿Les conozco yo?

TERESA.—¡Pues digo!... Don Nicolás, don Angel, la señorita Raquel, la señorita Luisa... y otra joven que no conozco. La han tomado con el champagne...

DANIEL.—Les apruebo el gusto.

TERESA.—Llegaron hace poco más de una hora y ya llevan descorchadas seis o siete botellas. Lo que esos cenen después, que me lo claven en la frente. ¿Quiere usted que les llame?

DANIEL.—¡No, no!...

TERESA.—No sé si ha reparado usted, don Daniel, en que le dije que hay en el comedor dos hombres y tres mujeres.

DANIEL.—Sí.

TERESA.—Pues, entonces...

DANIEL.—¿Y qué quieres decir con eso?

TERESA.—¿No cae usted?

DANIEL.—No caigo.

TERESA.—¡Que sobra una mujer!

DANIEL.—Pues sobra, hija mía, porque yo... ¡a la vista está!... yo, ¡como si no estuviese aquí! Oye, Teresa...

TERESA.—Diga usted.

DANIEL.—¿Está bien cerrada esa ventana?

TERESA.—Sí, señor, está bien cerrada. Además, con los burletes no entra ni pizca de aire; traiga usted la mano, verá usted...

DANIEL.—Basta que tú lo digas. Es raro... ¡tengo frío esta noche! (**Pausa**). Aunque yo creo que eso del frío, más que del tiempo, depende de la edad, ¿no te parece?

TERESA.—Iba yo a decirlo.

DANIEL.—¡Es claro!... Cuando somos jóvenes, ya puede nevar aprisa en la calle, que llevamos el verano dentro. En cambio, cuando llegamos a viejos y el fastidio nieva y nieva... y nieva... dentro del alma, ¿para qué sirve el sol?

TERESA.—Ahí tiene usted a la señorita. Hasta después. (**A Araceli y a Paco**). Con permiso.

ESCENA II

ARACELI, PACO y DANIEL

PACO.—(**Campechanamente**). Adiós, marqués.

DANIEL.—¡Hola, muchacho!... ¿Y tú, Araceli?

ARACELI.—¿Y tú?

DANIEL.—Muy bien. Acabo de llegar.

PACO.—Creíamos que no vendrías.

ARACELI.—Y lo sentíamos.

DANIEL.—Ya sabéis que yo nunca falto a cenar los lunes, y menos los lunes festivos. Teresa me ha dicho que tenéis invitados...

PACO.—Sí. Angel y Nicolás han venido con tres amigas suyas; pensábamos comer aquí y luego marcharnos al Real... pero ahora resulta que la señorita Araceli no quiere ir al baile.

DANIEL.—Ya...

PACO.—¿Qué te parece?

DANIEL.—¡Toma!... ¡Qué sé yo!

PACO.—Pues yo si que lo sé; es una estupidez.

ARACELI.—No es una estupidez, Paco; es, sencillamente, que no tengo ganas de bailar. ¡Oye, Daniel, fíjate!...

PACO.—¿Pero, qué vas a explicarle a él?

ARACELI.—¿Y por qué no?... Mira, Daniel, óyeme tú, porque estos señoritos que todavía no han salido de la infancia, no nos entienden...

PACO.—Como que tenéis veinte o treinta o cuarenta años más que nosotros... ¡Es claro!

ARACELI.—(**Con amargura**). Sí... soy vieja para tí.

PACO.—¡Lo eres!... Yo te quiero, me gustas... ¡Naturalmente! ¿No te parece, Daniel?... Araceli me gusta, porque si no me gustase no estaría yo aquí... pero comprendo que no pensamos del mismo modo; cada cual interpreta la vida a su manera... ¡y eso me aburre! Yo no sé si es cuestión de temperamento o cuestión de edad... Ahora, por ejemplo, yo quiero ir al baile, esos amigos han venido a buscarme, podemos pasar una buena noche... Y la digo: "Anda, Araceli, ponte un mantón y vámonos..." ¿Hay nada más natural?

DANIEL.—Efectivamente...

PACO.—¿Me faltarán mujeres que llevar al baile? Y, sin embargo, la prefiero a ella. ¡Si debías estar orgullosa!

ARACELI.—Y lo estoy, y te lo agradezco...

PACO.—Lo demuestras muy mal.

ARACELI.—Pero, Paco... los hombres, con poneros el frac, ya estáis arreglados. Nosotras, no. Para ir al baile yo necesito vestirme de cabeza a pies, ponerme el corsé nuevo, que me lastima mucho las caderas, peinarme bien... Y para hacer todo esto es indispensable tener buen humor, ganas de lucir, de divertirse... y yo, esta noche, no me siento bien... me duele la cabeza... (**a Daniel**). Creo que tengo calentura...

PACO.—¡Eso faltaba!

DANIEL.—No, las manos un poco ardientes... pero, no... no hay fiebre...

PACO.—¡Estamos divertidos!

ARACELI.—¿Qué quieres, hijo mío?

PACO.—¿Eh, Daniel?... ¡Estoy divertido! Supongo que cuando conociste a Araceli, ésta no sería así.

DANIEL.—No era así, no.

PACO.—Sería, probablemente ,todo lo contrario.

ARACELI.—Todo lo contrario... ¡desgraciadamente!

PACO.—(**Irónico**). ¡Ah, vamos!... Le querrías más que a mí....

ARACELI.—¡No, hombre!

PACO.—Sí, mujer, le querrías mucho más que a mí y por eso eras con él mucho más complaciente que lo eres conmigo... ¡Delicioso! ¿Pues sabes lo que digo?

ARACELI.—¿Qué dices, Paco? (**Resignada**).

PACO.—Que esta casa es mía y que tú eres mía... y que yo pago todo esto para mí, para divertirme, para usarlo cuando me parezca.

ARACELI.—Eres grosero.

PACO.—¡Déjame en paz!

ARACELI.—Hay momentos en que te desconozco. Si tantas ganas tienes de ir al baile, vete; yo no me enfado.

PACO.—¡Pero si quiero ir contigo, imbécil! ¿Es que no lo entiendes? ¡Quiero ir contigo... y emborracharme! (**Con énfasis cómico**). Porque si a tí te gustan los amores tranquilos y las copitas de coñac bebidas pacíficamente en tu casita, delante de una chimenea, a mí me gusta bailar y dormir en la delegación, y beber el champagne en cubo... ¿te has enterado?...

ARACELI.—Ya lo sé, hombre, ya lo sé...

PACO.—(**A Daniel**). ¿No te parece?

DANIEL.—Psch... sí...

PACO.—Vamos, ya... tú crees que ella tiene razón.

DANIEL.—No... tampoco. Araceli, a mi juicio, tiene razón, pero tú también defiendes un deseo justo... (**Riendo con amargura**). ¡Qué vida... qué incomprensible vida esta, en la que todos, así el golpeado, como el que golpea, tienen razón!

PACO.—Es muy cómodo decir: "Hoy no tengo ganas de salir", y quedarse en casa. O bien: "Hoy el cuerpo me pide reposo; llévame al campo..." Y el hombre, entre tanto, convertido en figura decorativa, hecho un mamarracho a disposición de la señora... ¡Eso, que se te quite de la cabeza! Tú vienes al baile porque yo deseo que vengas, ni más ni menos... porque tienes la obligación de divertirme, porque para eso vivimos juntos.

ARACELI.—Bueno, Paco, iré... (**a Daniel**). ¿Tú ves qué suplicio?

PACO.—Pues, deprisita, deprisita... ¡que se hace tarde! (**Dentro, y por la derecha, resuenan grandes carcajadas**).

VARIAS VOCES.—¡Viva! ¡Viva!

PACO.—(**Riendo**). ¡Oye... cómo están ya esos!

ARACELI.—Pero me dejarás ir como yo quiera...

PACO.—¿Cómo?

ARACELI.—Con capuchón.

PACO.—¡Tú eres tonta?... ¿Pero cómo quieres què te lleve de capuchón, hecha una cursi?

ARACELI.—¡Si es que no puedo apretarme el corsé!

PACO.—Pues, o te vistes bien o no vienes.

DANIEL.—Déjala, hombre, que vaya a su gusto.

PACO.—¡No quiero!... Yo, con mamarrachos no voy al baile. La llevo para lucirla, eso es, no para que se rían de mí. Te pones el mantón azul, y te calzas bien, y te peinas bien... y la dices a Teresa que te traiga flores... ¡Ya lo sabes!

ESCENA III

DICHOS y Don NICOLAS

DON NICOLAS.—**(Desde dentro).** ¡Paco!... ¡Paco! **(Aparece por la derecha con una copa y una botella de champagne).** Qué, ¿no queréis una copa? Pero, ¿cómo no váis allí?...

PACO.—Ahora vamos.

DON NICOLAS.—Señor marqués... beso a usted las manos... **(Da muestras de hallarse ligeramente embriagado).**

DANIEL.—¡Hola, Nicolás!

DON NICOLAS.—**(Dirigiéndose a Araceli y a Paco).** Apostaría algo bueno a que estaban ustedes riñendo.

ARACELI.—No estábamos riñendo, no; porque yo no riño con Paco; es él, quien quiere reñir conmigo.

DON NICOLAS.—Pero, como usted no quiere... ¡Pues no hay riña! ¡Claro!... Ea, tomad, tomad una copa; esto no es champagne, ¿sabes?

PACO.—¿No?

DON NICOLAS.—El tabernero se ha equivocado; esto no es champagne; esto es sangre de dioses. ¡Bebe!

PACO.—Venga.

DON NICOLAS.—Somos unos descorteses, Paco... lo somos porque hemos bebido antes que Araceli. ¡Qué demonio!... Y es que tú, maldito, estás borracho.

PACO.—¿Yo?...

DON NICOLAS.—Estás borracho. Y Daniel, donde le ves, también está borracho... **(Riendo).** Y no se levanta de ahí por no caerse... **(Riendo más).** Bueno... ahora usted, Araceli... ahora bebe usted.

ARACELI.—Gracias, Nicolás, yo no quiero beber.

DON NICOLAS.—¿No quiere usted beber?

ARACELI.—Ahora, no; luego.

DON NICOLAS.—¿Y por qué luego?... Luego también... ahora y luego, siempre... se debe beber siempre... Y si está usted enamorada, con más motivo: los amores son como las fresas, con vino están mejor...

ARACELI.—Gracias, gracias... no deseo.

DON NICOLAS.—¿No quiere usted? Conformes; no insisto; en estos casos, la insistencia es descortesía. Pero tú, Daniel, sí beberás... tú eres de los míos...

DANIEL.—Sí, hombre.

DON NICOLAS.—Va. ¡Ole! En el champagne que este hombre ha bebido podríamos naufragar los tres.

PACO.—**(A Araceli).** Niña... me voy con éste al comedor; que te vistas enseguida...

ARACELI.—Ya sabes lo que te he dicho...

PACO.—¡No, con capuchón, no! Te vistes como he dicho.

DON NICOLAS.—¿Qué... qué? ¿A ver qué es eso? ¡Que yo me entere!...

ARACELI.—Nicolás, déme Vd. la razón.

DON NICOLAS.—(**Ofreciéndola la botella**). Tome usted...

ARACELI.—¿No piensan ustedes ir al baile?

DON NICOLAS.—Sí.

ARACELI.—¿No se trata de pasar una buena noche, sea como sea?

DON NICOLAS.—Exactamente.

ARACELI.—¿Y no es cierto que a usted no le importa que la mujer que usted lleve vaya vestida de éste o aquel modo?

DON NICOLAS.—Crea usted que eso del vestido, en noches como ésta, me tiene completamente sin cuidado. ¡Mejor si va desnuda!

ARACELI.—Pues, Paco, no es así.

DON NICOLAS.—Pero, hombre... ¡parece mentira!... ¿No me ves a mí?... ¡Deja que la mujer vaya a su gusto, hombre!... Si al fin ha de ser lo que ella quiera...

PACO.—Me parece que no...

DON NICOLAS.—¡Mírele usted!... Si debe usted estar orgullosa de verle así, tan enamorado.

ARACELI.—¿Enamorado?

DON NICOLAS.—Y dije poco; loco... loco está por usted...

ARACELI.—Dice que soy una vieja...

DON NICOLAS.—Hombre, tanto como una anciana, no... Pero tampoco diré que es usted una niña... ¿Verdad, Daniel, tú que la conociste joven?

DANIEL.—Para mí, siempre será una niña.

DON NICOLAS.—¡Ole! (**a Paco**). Esa frase también merece una copa. Bebe. Ahora vámonos al comedor. (**a Araceli y a Daniel**). ¿No queréis venir?

ARACELI.—Luego iré yo.

DON NICOLAS.—Usted manda. Tú, ¡eh!... tú, Daniel... ¿Vienes?

DANIEL.—Después...

DON NICOLAS.—(**Riendo**). ¡No puede levantarse!... Está... ¡cómo está! (**Dando a entender que Daniel está borracho**). Vente tú, Paquito, vente conmigo.

PACO.—(**a Araceli**). Ya sabes...

DON NICOLAS.—¡Déjala, hombre!... ¡Déjala! (**Confidencial**). Te advierto que la Raquel está divina... ¡Hay que comérsela!... (**Salen por la derecha**).

ESCENA IV

ARACELI y DANIEL

ARACELI.—¿Le has oído, Daniel?

DANIEL.—Le he oído.

ARACELI.—¿Y qué piensas de él?

DANIEL.—¡Psch!...

ARACELI.—Claro... tú, ¿qué vas a decirme? Eres amigo suyo.

DANIEL.—No, si callo no es por eso; es... ¡porque no sé qué decir! Creo que, en este caso, al hombre más experto le sucedería lo mismo.

ARACELI.—¡Ah, Daniel, mi viejecito!... De todos los amores que pasaron por mi vida, el tuyo es el único que no ha dejado en mi carne ni en mi espíritu una sensación de brutalidad. Así, después de los años pasados me pareces, más que un amante perdido, un hermano mayor, un segundo padre... algo muy mío que me quiere con cariño familiar... Cuando Paco, a quién yo le había hablado de nuestros amores, me dijo que habíais viajado juntos por el extranjero y que érais muy amigos, tuve una alegría inmensa. "Vendrá a verme", pensé. Y al saber más tarde que aún estabas soltero, hasta creí que te recobraba... El me quiere, decía yo, es el único hombre capaz de quererme aunque ya no me encuentre bonita.

DANIEL.—¡Pobrecilla!

ARACELI.—¿Tú sabes qué difícil y qué angustioso es para nosotras parecer bonitas cuando ya vamos perdiendo la voluntad de serlo?

DANIEL.—Yo lo sé todo, Araceli, por lo mismo que he pasado por todas las edades. Tú, en cuanto seas viejecita como yo, lo sabrás todo también. **(Pausa).**

ARACELI.—¡Qué mala, qué ingrata, he sido para tí, Daniel!

DANIEL.—Yo creo que no.

ARACELI.—Sí, fuí muy mala, muy cruel contigo, y merezco que me guardes rencor. ¡Pobre Daniel!... ¿Te acuerdas? Hace muchos años, cerca de veinte años... otra noche de máscaras...

DANIEL.—Sí...

ARACELI.—¿Por qué te dejé aquella noche?... ¡Loca! ¡Estúpida!... ¡Aquel Manolo, que ya se ha muerto!... Y si yo le hubiese querido, aun habría para mi ingratitud alguna disculpa. ¡Pero si yo no le amaba!... Tú lo sabes, Daniel... ¡Si yo no le amaba!... Si puedo decir que aquella noche te dejé por un baile y un mantón de Manila... Y cuando a la mañana siguiente volví a nuestra casa... ¿te acuerdas? tú estabas allí... pero yo no te encontraba... no te encontraba porque tú ya no eras el mismo... **(Llora).** ¡Lloras, Daniel! No, no, no... ¡eso no!... Yo no quiero hacerte llorar...

DANIEL.—Déjame.

ARACELI.—No quiero que llores...

DANIEL.—Déjame... es que recuerdo... Los viejos no hacemos otra cosa; por eso lloramos tan amenudo; a mi edad, la conciencia es como una lágrima que llevamos dentro...

ARACELI.—¿Pero es cierto que no me guardas rencor por el daño que te hice?

DANIEL.—Si tal hiciese, sería injusto contigo.

ARACELI.—¡Oh, qué bueno eres!

DANIEL.—No, no digas "¡Qué bueno!..." Dí mejor, "¡Qué viejo!..." La vejez suele parecernos bondadosa, porque es pasiva... ¡Fíjate en que, para reconocer mi bondad, has tenido que asomarte a la vejez!

ARACELI.—¡Es verdad! Lo que fué torrente, hoy es agua mansa. ¿Por qué, cuando nos conocimos, no sería yo un poco más vieja o tú un poquito más joven? Entonces tal vez hubiésemos sido dichosos el uno con el otro.

DANIEL.—Tal vez...

ARACELI.—Pero es muy difícil de coincidir, en esa cita que la felicidad nos ha dado a todos; unos llegan demasiado pronto, otros demasiado tarde... Entonces, que yo me sentaba al banquete de la

vida, tú cansado ya de comer, empujabas con el pie la mesa de tu festín y cerrabas los ojos... Y los dos fuímos desgraciados: yo, porque deseaba mucho y tenía muy poco; tú, porque teniéndolo todo, ya no querías nada... Pero tú, indudablemente, sufrías más que yo, porque tú no esperabas nada... mientras que yo deseaba, y un deseo siempre es una esperanza... y no hay bajo el sol nada más bonito que una esperanza... (Pausa). ¡Ahora te comprendo! Nadie es bueno, nadie es malo... son las circunstancias las que, pasajeramente, nos hacen malos o buenos.... (Llora).

DANIEL.—No llores... Araceli... mi pobre Araceli... no llores... ¿para qué? No se hable más de aquello, porque todos estamos pagados y en paz: lo que tú hiciste conmigo lo hice yo con otra, y ahora Paco lo hace contigo. La vida es un veneno compuesto con mieles de amor, que va resbalando al través de los siglos de una boca a otra boca; y así, el hastío que tu bebiste en mis labios, se lo das a Paco ahora, y él, cuando sea viejo, besará otros labios jóvenes y con el beso que les dé les dará también el dolor... (Pausa larga).

ARACELI.—¡Qué frío!... ¿No te parece que hace mucho frío esta noche?

DANIEL.—Sí, mucho frío... A Teresa se lo dije antes.

ARACELI.—(Acercándose a la ventana). Pues, no... los burletes ajustan bien; por aquí no entra ni pizca de aire.

DANIEL.—Habrá por ahí alguna puerta abierta.

ARACELI.—(Asomándose a la del foro). No, todo está bien cerrado. (Se acerca a la chimenea como dispuesta a sentarse).

DANIEL.—No te sientes. Vé a ver qué ocurre en el comedor; me parece que ya va siendo hora de cenar.

ARACELI.—En esta casa hoy no se cena.

DANIEL.—¿Lo dices porque esos no dejan de beber?

ARACELI.—¡Naturalmente! ¡Y no creas que Paco es el mejor!

DANIEL.—¿Quieres un buen consejo?

ARACELI.—¿Cuál?

DANIEL.—Vístete en seguida.

ARACELI.—Para el baile...

DANIEL.—Sí.

ARACELI.—¡Pero si no tengo ganas de salir!

DANIEL.—No importa. Vístete y te ahorrarás un disgusto con Paco.

ARACELI.—¿Y el disgusto de vestirme?

DANIEL.—Bueno, allá tú. (Risueño). Recuerda que aquella noche, de que antes hablábamos, te perdí por no quererme poner el frac... Y que ahora es él quien tiene el frac puesto y tú la que no quiere vestirse....

ARACELI.—¿Tú pensabas ir al baile?

DANIEL.—¿Yo? (Ríe).

ARACELI.—Entonces no salgo. Cuando esos se marchen cenaremos juntos los dos. Yo te invito.

DANIEL.—¿Y Paco?

ARACELI.—Me es igual...

DANIEL.—Me parece... en fin...

ARACELI.—¿Qué?

DANIEL.—Que haces una tontería. La cena va a costarte demasiado cara. (Suenan dentro risas y voces).

ARACELI.—Ahí vienen esos.

ESCENA V

ARACELI, RAQUEL, LUISA, DANIEL

RAQUEL.—(Con una botella de champagne). ¡Qué sorpresa! (Riendo).

LUISA.—(Que trae una bandeja con pasteles). ¡Pero si está aquí don Daniel!...

RAQUEL.—¡Viva el marqués, qua va a beberse una copa de champagne!

DANIEL.—Adios, criaturas.

LUISA.—¿Qué hacíais, pícaros?

ARACELI.—Pues, ya lo véis...

RAQUEL.—(A Araceli). Bebe.

LUISA.—Toma antes un pastel; estos de chocolate son muy buenos.

ARACELI.—¿Pero, no vamos a cenar?

RAQUEL.—¡Quién piensa en eso!

ARACELI.—(A Daniel). ¿Qué te dije yo?

LUISA.—Ahora nos vamos a Fornos; son cerca de las once. ¿Pero qué haces que no te vistes?

ARACELI.—Ya veremos.

RAQUEL.—Te aconsejo que no dejes a Paco solo.

ARACELI.—¿Por qué?

LUISA.—¡Ah, sí! Porque Paco está que arde. Yo no quería decirte nada, pero ya que ésta ha empezado...

ARACELI.—¿Pues, qué le sucede?

RAQUEL.—Que Catalina está volviéndole tarumba.

ARACELI.—Por mí...

RAQUEL.—¿No te importa?

ARACELI.—Ni pizca.

LUISA.—¡Chica!... ¡Haces bien!... ¿Eh? ¿Verdad que estos pasteles de chocolate están muy buenos?

ARACELI.—Muy ricos.

RAQUEL.—Mirad: yo me chupo los dedos. Ello no será muy chic, pero es muy práctico.

LUISA.—(Imitando a Raquel). ¡Yo también, yo también!...

RAQUEL.—(Acercándose a la puerta lateral derecha). ¡Nicolás, Nicolás!... Os advierto que Nicolás, con lo que ha bebido, está delicioso esta noche.

LUISA.—Tiene muy buena sombra.

RAQUEL.—¡Ja, ja, ja!... Ese hombre, si se hubiese metido a clown, habría sido célebre. ¡Cuidado si la historia de don Casimiro tiene gracia!

LUISA.—¡Ah, sí! Cuéntala... veréis...

RAQUEL.—Veréis... (a Araceli). ¿Tú conoces a Casimiro Giralt, ese viejo pintado de rubio, que te presenté una noche en Apolo?...

ARACELI.—¿El que tuvo relaciones con Fuensanta?

RAQUEL.—¡Ese! Como sabes, Casimiro está casado y tiene un hijo de veintidós o veintitrés años, que se llama Antonio, y es "el ojito derecho" de su madre. (Bebe). ¡Ah, y que no toquen a Antoñito, porque doña Cecilia se vuelve loca! ¿Usted se entera, marqués?

DANIEL.—Sí, mujer, sigue.

RAQUEL.—Pues dice Nicolás que Antoñito se enamoró, pero como una fiera, de una muchacha pobre, planchadora por más señas, y que a todo trance quería casarse con ella. Hasta que se lo dijo a su padre, a don Casimiro... y desde aquel día el pobre muchacho no hizo más que llorar por los rincones, enflaquecer y quedarse sin color. Los médicos decían que iba para tísico.

LUISA.—Como si estuviese embrujado, ¿comprendes?

RAQUEL.—Hasta que doña Cecilia le cogió por su cuenta, y, por buenas o por malas, le arrancó el secreto de su pena.—Es que estoy enamorado de una mujer y no puedo casarme con ella—decía el chico.—¿Y por qué?—Porque no puedo.—¿Pero por qué no puedes? Hasta que cantó:—Porque mi padre me ha dicho que esa muchacha... ¡es hija suya!...

ARACELI.—¡Pobre chico!

RAQUEL.—No te apures... ¡Los muchachos se casan!...

DANIEL.—¿Pero, no son hermanos?

LUISA.—¡No lo son!

RAQUEL.—¡No lo son, no!... Porque doña Cecilia, comprendiendo que a su hijo aquella pena iba a costarle la vida, echó por la calle de en medio y ha confesado que Antonio... ¡no es hijo de su padre! (Riendo).

LUISA.—(Riendo). ¡Y se casan, se casan!

RAQUEL.—(Como si llorase). Mujer, dí más bien: "Y se casan, se casan..." ¡No te alegres tanto del mal del prójimo!... (Todos ríen).

ESCENA VI

DICHOS y CATALINA, PACO, DON NICOLAS y ANGEL, que entran por la derecha, con gran algazara.

CATALINA.—(Aparece empujada por sus acompañantes). ¡Que váis a hacerme caer! ¡No seáis locos!

PACO.—¡Tú llegarás a donde quieras!

ANGEL.—Llegarás al suelo.

DON NICOLAS.—Te impulsamos nosotros.

CATALINA.—¡Dejadme, que tengo cosquillas!

ANGEL.—¡Déjala, hombre!.

DON NICOLAS.—¡Adiós! ¡Este la ha cogido ya!

ANGEL.—¿El qué?

DON NICOLAS.—La borrachera, hombre.

ANGEL.—¡Toma!

PACO.—Todos estáis como uvas. A éste no le cabe en el cuerpo ni media copa más. Si le aprietas el cinturón, se vierte.

DON NICOLAS.—¡Y a mucha honra! Yo soy sincero... yo tengo el valor de mis vicios.

PACO.—(Por Araceli y Daniel). ¿Y éstos, no beben?

DON NICOLAS.—Beberán, hombre, beberán; de ello me encargo yo.

ANGEL.—Me encargo yo. (Coge una botella).

ARACELI.—Gracias, Angel.

DANIEL.—Yo, sí. ¡No se dirá nunca que le he vuelto la cara al champagne!

DON NICOLAS.—¡Muy bien!

RAQUEL.—(A Don Nicolás). Mira, mira, cómo tienes la pe-

chera...

DON NICOLAS.—¡Pobre camisa! Cuando salgamos del baile la vamos a llevar clavada en un bastón como una bandera. ¡Vámonos al baile!...

ANGEL.—Al baile.

LUISA.—Al baile, al baile.

RAQUEL.—¡Al baile!... ¡Todos!

PACO.—(A Araceli). ¿Y tú, no acabas de vestirte?

ARACELI.—Pero, Paco...

RAQUEL, LUISA, DON NICOLAS, ANGEL.—¡Al baile, pero todos!... ¡¡No valen disculpas!

RAQUEL.—¡En esta casa no ha de quedar nadie!

PACO.—(Amenazador). ¿No sabes lo que te dije antes?... ¿Es que quieres ponerme en ridículo?

ARACELI.—Vete tú.

PACO.—Pero contigo.

ARACELI.—¡Conmigo!...

DON NICOLAS.—¡Con usted, sí señora!

ANGEL.—¡Con ella, si señora!

RAQUEL.—¡No hay escape!

LUISA.—¡No hay escape!

CATALINA.—No insistáis, si ella no quiere ir...

ARACELI.—(Suplicante). ¡Pero si es que esta noche no me siento bien!... Paco ya lo sabe; que lo diga él... Me duele mucho la cabeza... tengo mucho frío...

ANGEL.—Yo creo que ese malestar es falta de champagne.

DON NICOLAS.—¡Es muy posible! Hay que someterla a un tratamiento enérgico. (Coge la botella).

PACO.—Déjame a mí; yo la curaré. Bebe, Araceli. (Agresivo).

ARACELI.—No quiero, Paco.

PACO.—Bebe...

ARACELI.—No tengo sed.

PACO.—Sin sed. Bebe.

ARACELI.—No bebo.

PACO.—Bebe.

ARACELI.—¿Estás borracho?

PACO.—Estoy como quiero. ¡Bebe... bebe o te rompo la copa en la cara!

ARACELI.—¡Paco!... (Llora).

DON NICOLAS.—¡Eso no!... (Todos se interponen).

PACO.—¡Maldita sea!... (Tira la copa al suelo).

RAQUEL.—¡La hizo añicos! Estas cuestiones familiares las paga siempre la vajilla.

DON NICOLAS.—¡Alto el fuego! A mí me gustaría que Araceli viniese con nosotros... me gustaría porque a mí el buen humor del prójimo me engorda... ¡palabra!... Ya sé que la humanidad no es así... ¡ni mucho menos!... ya sé que, por regla general, lo que yo como a gusto le hace daño a mi amigo... Yo, no; yo quiero que todo el mundo ría, que todo el mundo esté contento... Pero si Araceli no quiere, bueno... ¡ahogaré mi dolor!...

RAQUEL.—En vino lo ahogarás, borrachón.

DON NICOLAS.—En vino... en vino...

ANGEL.—¡Ahoguemos nuestras penas!

LUIS.—¡Ahoguemos nuestras penas!

CATALINA.—No esté usted triste, Paco.

PACO.—¿Yo?... ¡Cá!

CATALINA.—Sí, lo he notado; se ha quedado usted triste.

PACO.—¿Yo?... ¿Triste yo?... ¡No me conoces! ¿Triste yo, estando tú aquí? (La abraza).

ARACELI.—¡Paco, Paco!... ¿No consideras que yo estoy aquí?

PACO.—¿Y qué?

ARACELI.—Eso es una canallada; sois unos canallas; lo eres tú, porque la abrazas, lo es ella, dejándose abrazar por tí.

PACO.—Hago lo que quiero.

ARACELI.—Será fuera de aquí.

PACO.—Será en la calle... Yo necesito una mujer para esta noche; tú no quieres acompañarme y busco a ésta. Ya te lo dije antes bien clarito: mujeres que vengan al baile conmigo, no han de faltarme.

ARACELI.—Canallita... ¡Tú, como todos, sois unos chulos de frac! (Llora).

ANGEL.—(Recogiéndose los faldones del frac). ¿Nos ha llamado chulos?

DON NICOLAS.—(Solemne). ¡Respetable concurrencia! Creo llegado el momento de beber una copa.

RAQUEL.—¡Otra, dirás!

LUISA.—¡Otra, dirás!

DON NICOLAS.—Otra... ¡y que no sea la última!

ANGEL.—Amen.

DON NICOLAS.—Brindemos, pero solemnemente, con verdadera unción, por la ingratitud.

RAQUEL.—¡Viva la ingratitud!

LUISA.—¡Viva la ingratitud!

ANGEL.—¡Viva la ingratitud!

DON NICOLAS.—¡Viva la diosa santa que embellece la vida, porque la llena de sorpresas! ¡Viva la ingratitud, repito! Porque gracias a ella, las mujeres que amaron a otros pueden llegar a caer en nuestros brazos... y las amadas que ya empezaban a aburrirnos, se van con el primer amigo buen mozo que viene a visitarnos, y nos dejan en paz... (Bebe).

TODOS.—¡Bravo, muy bien!

ARACELI.—(Aparte). Miserables... (Va a sentarse cerca de Daniel).

ANGEL.—¡Bravísimo!

LUISA.—¡Brindemos por todos los hombres que hemos olvidado!

CATALINA.—Brindemos.

RAQUEL.—¡No!... Porque ibáis a estar bebiendo toda la noche y se os iban a quedar para otro día más de la mitad...

ANGEL.—¡Divina!... (Todas ríen).

DON NICOLAS.—Conque, ¿nos vamos?

PACO.—¡Vámonos, sí!

ANGEL.—¿A Fornos?

RAQUEL.—A Fornos y desde allí al baile.

PACO.—(A Catalina). Yo, contigo.

CATALINA.—¿Pero... y Araceli?

PACO.—¿Qué te importa? Esa concluyó, y empiezas tú.

ANGEL.—(A Luisa). Mi brazo.

DON NICOLAS.—¿Qué decís? ¿Vamos a ir a pie?... ¡Cá, hombre!... En coche, es mejor.

RAQUEL.—¡Sí, sí, en coche!...

LUISA.—¡Sí, sí, en coche!...

CATALINA.—¡Sí, sí, en coche!...

DON NICOLAS.—¿No hay quien avise un coche?

PACO.—¡Sí, hombre, al momento! (Asomándose a la puerta del foro). ¡Teresa! ¡Teresa!

DON NICOLAS.—No te oye... ¡Ja, ja, ja! ¡Es inútil!...

PACO.—¡Teresa!...

DON NICOLAS.—Estará borracha también.

ESCENA VII

DICHOS y TERESA

TERESA.—¿Qué mandan ustedes?

DON NICOLAS.—(Asombrado). ¡No está borracha, no! ¡La templanza refugiándose en las cocinas! ¡Increible!

TERESA.—Ustedes dirán.

PACO.—Avisa un coche.

RAQUEL.—Un coche es poco; avise usted dos.

ANGEL.—Avise usted tres. ¡Somos seis!

TERESA.—¿En qué quedamos?

DON NICOLAS.—En eso: avise usted tres coches... puesto que somos tres parejas.

TERESA.—En seguida. (Váse. En este momento suena dentro un alegre pasodoble que se acerca y luego se aleja rápidamente. Todos corren hacia la ventana dando muestras de gran regocijo).

RAQUEL.—¡Una estudiantina! ¡Una estudiantina!

LUISA.—¡Una estudiantina! ¡Una estudiantina!

CATALINA.—¡Una estudiantina! ¡Una estudiantina!

ANGEL.—¡Señores! ¡Qué hermoso! ¡Está nevando!

PACO.—¿Qué importa la nieve?

ANGEL.—¡Viva la alegría!

DON NICOLAS.—¡Viva el champagne! (Pausa .Todos escuchan).

RAQUEL.—(A don Nicolás). Vamos a bailar.

DON NICOLAS.—No puedo.

RAQUEL.—No sé entonces para qué vas al baile.

DON NICOLAS.—¿Pero es que a los bailes se va a bailar? ¡Inocente! ¡Se va a beber!...

ANGEL.—¿Y no vamos a beber desde aquí hasta que lleguemos a Fornos?...

LUISA.—¡Déjaros ya de vino!

ANGEL.—¡Tengo una idea!... ¡¡Ah!!

DON NICOLAS.—¿Cuál?

ANGEL.—¡Una admirable idea!

TERESA.—Señores... ahí están los coches.

PACO.—¿Los tres?

TERESA.—Sí, señor, los tres.

ANGEL.—¡Esperad ,esperad!... (Sale precipitadamente por la derecha. Todos le siguen y se detienen junto a la puerta).

DON NICOLAS.—¿Pero, a dónde va ese?

RAQUEL.—Alguna diablura se le ha ocurrido.

LUISA.—Indudablemente. Le conozco.

DON NICOLAS.—¡Admirable, admirable!

RAQUEL.—La gran idea.

ANGEL.—¡La barrica del Jerez! (**Reaparece empujando un barril y todos le ayudan**). ¡Teresa! ¡Teresa!...

TERESA.—Mándeme usted.

ANGEL.—Avise usted otro coche.

RAQUEL.—¡Otro coche! Hacen falta cuatro coches.

LUISA.—¡Otro coche! Hacen falta cuatro coches.

CATALINA.—Otro coche! Hacen falta cuatro coches.

PACO.—¡Cuatro... sí... cuatro!

DON NICOLAS.—Uno para cada pareja y otro para el vino.

PACO.—Tú, Nicolás, súbete encima del barril; oficia de dios Baco...

DON NICOLAS.—No... no puedo... ¡Dejadme! ¡Que me vais a romper algo! (**Estúdiese bien toda esta escena, cuyo interés depende en absoluto del conjunto**).

RAQUEL.—¡Adiós ,Araceli... Daniel!...

LUISA.—¡Adiós ,Araceli... Daniel!...

CATALINA.—¡Adiós, Araceli... Daniel!...

ANGEL.—¡Hasta mañana, si podemos volver!... (**Salen en tropel por el foro gritando y riendo y se oye un gran estrépito, como si el barril hubiese caído por la escalera**).

ESCENA VIII

ARACELI y DANIEL

DANIEL.—Debiste marcharte con ellos.

ARACELI.—¡Bah!... ¿Por qué?... Mejor estoy aquí.

DANIEL.—¡Mi pobre Araceli!... Tú quieres a Paco... tú, en estos momentos, sufres mucho.

ARACELI.—Sí, le quiero... (**Con indiferencia fingida**).

DANIEL.—¡No disimules! Le quieres tranquilamente, pero también intensamente, como yo te quise. ¿Ves?... En la vida todo se repite: un carnaval me dejó sin tí y otro carnaval te deja sin él... (**Pausa**). ¡Lloras!... No, no...

ARACELI.—No puedo contenerme... Perdona... déjame llorar: lloro de rabia... no lloro por él, por él no... no... ¡no!...

DANIEL.—¡Y aunque llorases por él!... ¿Acaso hace veinte años, en una noche como ésta, no lloré yo por tí?

FIN DE "FRIO"